cfp 160 John Greenleaf Whittier 1866

Nuestro Maestro

Amor sin muerte y siempre pleno
rebosando libérrimo y sin límite,
un eterno compartir, un todo entero,
pleamar sin reflujo, agua de vida.

Nuestros labios lo confiesan supremo
por sobre todo nombre que se nombra;[1]
sólo el Amor sabe de donde vino,
sólo el Amor al mismo amor comprende.

¡Soplen, vientos de Dios, despiértense
y dispersen las nieblas de la tierra!
Irradia Luz Divina, y muestra a nuestros ojos
cuán perdidos estamos de la más recta senda.

¡Cállense los labios y ciérrense los libros!
¡Sosiéguese la pugna entre las lenguas!
¿Por qué afanarse buscando hacia delante o hacia atrás
ese amor que como el aire nos abraza?

No podemos subir hasta los cielos
para hacer descender[2] a Jesucristo;
y en vano rebuscamos en lo hondo
porque ningún abismo lo ahogaría.[3]

Ni el santo pan, ni las sangrantes uvas
pueden rehacernos ese rostro anhelado
de Quien ya no tenemos
ni en forma externa ni en su humana carne.

---

[1] Efesios 1:21
[2] Amos 9:2
[3] Cantares 8:7

Él no viene para sentarse en tronos,[4]
y la esperanza del mundo se adelgaza;
los siglos pasan su agobiante espera
oteando y buscándolo en las nubes del cielo.[5]

Viene la muerte y la vida se va;
no reciben respuesta ni el ojo ni el oído;
la sepultura es muda,
y el hueco cielo, silente y triste.

La letra fracasa, los sistemas caen,
todo símbolo mengua;
más el Espíritu todo lo empolla bajo sus alas[6]
y Eterno Amor siempre presente queda.

Si como Juan sentimos su sonrisa de amor,
si como Pedro, el peso de su reprimenda,[7]
ya no buscamos señas de su presencia
ni cielo arriba ni tierra abajo.

En el gozo de la paz interior,
o en la tristeza bajo el pecado,
Él mismo brinda su mejor evidencia;
su testigo está adentro.

Ni fábula antigua, ni cuento de mito,
ni sueño de poetas o profetas,
ni un hecho muerto varado
a orillas de años inconscientes; –

sino consuelo presente es Él,
cálido, dulce, tierno;
y la fe todavía tiene su Olivar,[8]
y el amor su Galilea.[9]

---

[4] Zacarías 9:9, Mateo 21:5
[5] Hechos 1:9-11
[6] Mateo 23:37
[7] Juan 21:20-22
[8] Lucas 22:39
[9] Mateo 4:25

Tu vestimenta sin costura[10] riega salud
ahí mismo, a la vera del lecho adolorido.
Muy dentro del gentío y bullicio la tocamos[11]
Y nos rehace enteros, vivos, sanos.

Por Él mismo se eleva la confiada plegaria
que tan tierna pronuncian los labios de la infancia,
y el susurro final de nuestros muertos
sosegado resuena con Su nombre.

Amo y Maestro de nosotros todos,
sea cual fuere nuestro nombre y signo,
oímos Tu llamado, afirmamos por siempre Tu dominio,
mesuramos nuestra vida por la Tuya.

Tú nos juzgas, Tu pureza condena
todo el pecado en nuestra desmesura;
la ira que lo abrasa y lo calcina
es ese mismo Amor que a Ti nos lleva.

Abierta queda a Tu mirar la mente:
nuestro pecar secreto está desnudo
en la luz blanca
de Tu rostro puro.

Tierna, tu Luz irradia en la aflicción
penetrando con un dolor que sana;
Tu dulzura es lo amargo del pecado,
Tu gracia, la dentellada del remordimiento.

Aunque seamos débiles y ciegos,
Tú reconocerás nuestro servicio;
variadas son nuestras ofrendas,
y por amor, ninguna nos rechazas.

Con todos sus gozos y dolores,
nuestra natura a Ti Te pertenece;
el agravio que un hombre le hace a otro,
hace una herida en Ti mucho más honda.

---

[10] Juan 19:23
[11] Mateo 9:29, 14:36

El que odia, Te odia a Ti;
el que ama, a Ti se apega;
todos los dulces frutos del pecho y del hogar
son el multiplicar de Tu semilla.

Métanse Tus raíces en las profundidades
del polvo nuestro que Tu amor fecunda,
O Vid celeste:[12] humano total, divino todo;
Flor de hombre y flor de Dios.

¡Amor! ¡Vida! Tu presencia hace una
nuestra fe y nuestra vista; y así,
transfigurando lo blanco de las nubes
vislumbramos el sol de mediodía.

Así, atenuado, más tierno para ojos mortales,
recubierto con Tu velo de carne,
nos enseñas en Ti muy revelado
el desnudo corazón del Padre.

Escuchamos susurros, vemos oscuramente,
y a Ti nos dirigimos con palabras diversas.
Sin embargo, en confusión o en nitidez,
en Ti reconocemos Luz, Verdad, y Camino.[13]

El Padre también goza
de toda reverencia que a Ti rendimos;
ningún celo ni envidia separa
la cruz del Hijo y el trono del Altísimo.

Hacer Tu voluntad es mejor que alabarte,
lo dicho vale menos que lo hecho;[14]
sólo la fe sencilla discierne Tu camino
extraviado por la cartografía de los credos.

---

[12] Juan 15:1-5
[13] Juan 14:6
[14] Mateo 21:28-31

En Tu servicio no cabe nuestro orgullo;
no hay lugar para el yo ni lo mío.
Nuestras fuerzas humanas son flaquezas
y nuestra vida es muerte, aparte de la Tuya.

Apartados de Ti toda ganancia es pérdida,
toda labor por vanidad se hace,
y la sombra solemne de Tu cruz
nos da más luz que el sol del mediodía.

¡Amor innominable,
sólo tu nombre salva!
Descarriarnos de Ti ya es el infierno,
Y caminar contigo, el paraíso.

Tú estás tan firme en todo lo que eres –
¡cuán vano es defenderte con clamores!
El suspiro de un pecho arrepentido
mucho más vale que el batir de labios.

La petición de los intolerantes, no es para Ti;
ni es Tuya la condena que asestan los fanáticos;
no Te hace falta ningún amor por Ti
que desemboque en odio contra el hombre.

Amigo nuestro, nuestro Hermano y Señor,
¿qué servicio podemos ofrecerte?
Nada de nombres, nada de ritos,
nada más que escucharte para seguir Tus sendas.

No Te damos ofrenda de holocausto;
no amontonamos lápidas ni altares;
quien más Te sirve es el que más ama
a sus hermanos, que también son Tuyos.

El tierno oficio de amor y gratitud
es Tu letanía,
y hacer el bien con gozo
es la mejor liturgia y sacramento.

En vano se dispersan los humos del incienso
por la vacía bóveda;
en vano se enaltece el ruido de los bronces
desmelenados desde la espadaña.

Repica el corazón campanas del Nacido,
y alza en sus entrañas Tus altares;
su fe y su esperanza son Tus cánticos,
y su obediencia fiel es alabanza.